

LOS SUPERJUGUETES DURAN TODO EL VERANO

Brian Aldiss

PRÓLOGO: INTENTAR COMPLACER

«Los superjuguetes duran todo el verano» es la historia de un niño que, haga lo que haga, no consigue complacer a su madre. Esto le deja perplejo, pues no se da cuenta de que es un androide, una ingeniosa máquina dotada de inteligencia artificial, al igual que su único aliado, su osito de peluche.

Ésta es la historia que tanto impresionó a Stanley Kubrick. Estaba ansioso por convertirla en película. Después de cierta persuasión, le vendí los derechos cinematográficos. Trabajé con él en un posible guión.

Sé que no resultará sorprendente: era genial pero exigente. Al fin y al cabo, se había ganado a pulso su independencia. Stanley era tan exigente consigo mismo como con los demás.

Vi un ejemplo de esta independencia cuando la plana mayor de Warner Brothers quiso entrevistarse con Kubrick. Aduciendo su miedo a volar, Kubrick consiguió que la plana mayor, de cuyo apoyo económico dependía, fuera a Londres. Una vez en la ciudad, le invitaron a visitarles en el hotel. Kubrick dijo que estaba demasiado ocupado. De modo que Warner Brothers se desplazó hasta St. Albans para verle.

El trato de la servidumbre era idéntico al de su patrón: genial pero exigente. No necesitaba sólo conservar su independencia, sino alimentar su mito, el mito de un genio ermitaño, creativo pero excéntrico.

Mi relación con Stanley fue cordial. Mencioné sus tres películas de ciencia ficción en mi historia de este género *Billion Year Spree*, y comenté que ¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú, 2001: una odisea del espacio y La naranja mecánica le convertían en «el más grande cineasta de ciencia ficción de nuestra era». Kubrick compró el libro y se quedó complacido por el comentario.

Me telefoneó un día, a mediados de los setenta. Su llamada me sorprendió. Se lanzó a un largo monólogo, supongo que para poner a prueba mi capacidad de escucha. En cualquier caso, debí de superar la prueba, porque me invitó a comer con él. Nos citamos en julio de 1976 y comimos en un restaurante de Boreham Wood.

En aquel tiempo, Kubrick se parecía al Che Guevara, ataviado con botas, uniforme de camuflaje, boina sobre el cabello rizado y barba. Hablamos de cine, de ciencia ficción, y bebimos. Fue una conversación de lo más agradable, que se prolongó durante mucho rato.

El año anterior se había estrenado su *Barry Lyndon*. Aunque la fotografía es de una belleza sin parangón, su frialdad glacial no gustó al público. Tal vez Kubrick no estaba seguro de qué rodar a continuación. Nuestra relación era cordial. Durante los años siguientes nos encontramos una o dos veces para comer, y siempre discutíamos sobre qué clase de película tendría éxito.

Yo recomendaba que filmara *Tiempo de Marte*, una novela de Phillip K. Dick escrita en los sesenta. A Stanley no le interesaba. Después dediqué dos años de mi vida a intentar que esta novela fuera llevada a la pantalla, y coescribí el guión con mi agente de entonces, Frank Hatherley.

Mi esposa Margaret y yo fuimos un par de veces a Castle Kubrick y comimos con Stanley y su mujer artista, Christiane, cuyos alegres lienzos iluminaban muchas paredes. A Stanley le gustaban mucho los actores, y admiraba a bastantes. Pensaba

que Peter Sellers era un genio. Tenía un repertorio de actores en los que confiaba, como Sterling Hayden, Philip Stone, Norman Rossiter y Sellers.

«No necesitas este diálogo —dijo en una ocasión—. Elimínalo. Un buen actor puede transmitirlo todo con una mirada.»

Mientras rodaba *El resplandor* de Stephen King se mostró muy esquivo. Reapareció de nuevo en agosto de 1982, y se refirió en una carta a nuestra comida anterior, cuando «pasamos casi todo el rato hablando de La guerra de las galaxias, y de por qué los cuentos de hadas tontos podían constituir una forma de arte». La verdad era que nos habíamos enzarzado en una conversación absorbente, intentando enumerar los elementos que convertirían una película de ciencia ficción estilo cuento de hadas en un éxito. Estos elementos incluían a un muchacho de origen humilde que va a luchar contra un mal monstruoso, un grupo de varlopintos tipos malos, diversos desafíos superados con éxito, el mal derrotado contra toda posibilidad, y el desposorio del muchacho con la princesa. Después, nos echamos a reír: habíamos plasmado *La guerra de las galaxias* casi al pie de la letra.

Esa carta de Stanley continuaba hablando de mi relato «Superjuguetes». A petición de Stanley, le había enviado dos o tres de mis libros, incluyendo *El tapiz de Malacia* y *El momento del eclipse*, una colección de mis relatos cortos publicados por Faber & Faber que contiene «Los superjuguetes duran todo el verano». Stanley escribió: «No obstante, lo que me ha quedado grabado es la convicción permanente de que el relato corto es un estupendo principio de una historia más larga, pero por desgracia no se me ocurre cómo podría desarrollarse. En cualquier caso, empiezo a pensar que el inconsciente no se pone a trabajar en algo que no posee...»

Este relato (una viñeta, en realidad) se publicó por primera vez en *Harpers Bazaar* en diciembre de 1969. En 1982, yo tenía que solucionar ciertos problemas de impuestos, de modo que vendí a regañadientes mi relato a Kubrick. Compró casi todos los derechos. Recuerdo que la frase «a perpetuidad» aparecía con mucha frecuencia en el contrato. Mirando en retrospectiva, es fácil ver que poseer el relato no afectó a los procesos creativos de Kubrick. Seguía sin poder convertirlo en una película.

Después de mucho toma y daca entre los agentes, el contrato se firmó en noviembre de 1982. Fui a trabajar con él en el guión.

Cada día, una limusina se detenía ante mi puerta de Boars Hill y me conducía a *Castle Kubrick*, una mansión situada en las afueras de St. Albans. Muchas veces, Stanley había pasado la mitad de la noche en vela, vagando por las grandes y desoladas estancias repletas de aparatos. Se materializaba hecho polvo y decía: «Vamos a respirar un poco de aire puro, Brian.»

Abríamos una puerta que daba a sus ondulantes hectáreas de terreno. Stanley encendía un cigarrillo. Paseábamos la mitad de la longitud de un campo de cricket, y Stanley ya estaba echando los bofes. «Basta por hoy de aire puro», decía. Entrábamos y nos encerrábamos durante el resto del día. Era una especie de broma. Nuestra relación también era una especie de broma.

En un momento dado, después de incorporar un nuevo personaje al guión, Stanley preguntó: «Brian, ¿qué hace la gente que no rueda películas ni escribe ciencia ficción?» Era muy inteligente, un hombre entregado por completo a su arte. Por desgracia, su impaciencia no permitía discusiones ni considerar otras líneas de desarrollo que no fueran de su agrado.

Al principio, yo era incapaz de imaginar cómo se podía transformar aquella viñeta en una película a gran escala. Una mañana, a la hora del desayuno, lo vi de repente. «¡Ya lo tengo!», dije a Margaret. Telefoneé a Stanley. «Ven a casa», dijo.

Fui. Se lo conté. No le gustó. Y así terminó la historia. jamás aceptaba algo a medias, ni le daba la vuelta para ver si poseía algún mérito. Si bien esto era

característico del hombre sagaz, tal vez este modo de abordar las cosas indicaba cierta debilidad.

Como un presagio ominoso, cuando fui a trabajar con él por primera vez me regaló un ejemplar bellamente ilustrado de Pinocho. Yo no podía, o no quería, ver los paralelismos entre David, mi androide de cinco años de edad, y el ser de madera que se transforma en humano. Pero Stanley deseaba que David se convirtiera en humano, y también deseaba que el hada buena se materializara. Nunca reescribas de forma consciente cuentos de hadas antiguos, decía yo.

Trabajar con Stanley fue muy instructivo. Mi problema consistía en que yo había disfrutado de mi independencia durante treinta años. No me gustaba trabajar con nadie, y menos bajo sus órdenes. Nuestra relación era cordial. Si nos atascábamos, íbamos a dar un paseo y a saludar a Christiane. Solía pintar en una enorme sala vacía, con magníficos ventanales que daban a la propiedad de Kubrick. A Stanley le gustaba preparar nuestra comida, que consistía por lo general en filete con judías verdes.

Yo me había negado a ver mi viñeta como una película a gran escala. Stanley me tranquilizó. Dijo que era más fácil alargar un relato breve que encoger una novela hasta los límites de una película. Una película contenía, a lo sumo, sesenta escenas, mientras que una novela podía contener centenares, que se fundían unas con otras sin el menor problema.

Además, dijo, había cogido el relato breve de Arthur C. Clarke «El centinela», de dos mil palabras, al igual que «Superjuguetes», y lo había transformado en un largometraje. Podíamos hacer lo mismo con mi historia. Sólo más tarde comprendí el error de este razonamiento: mientras el relato de Arthur mira hacia fuera, hacia el sistema solar, el mío mira hacia dentro.

Nos pusimos a trabajar en serio. Cada día, yo anotaba nuestros progresos en un grueso cuaderno rojo. Cuando volvía a casa por la noche, Margaret y yo hablábamos de cosas mientras tomábamos una copa. Después cenábamos, y luego yo iba al estudio y transcribía las notas en forma de guión sin diálogos, como insistía Stanley. Enviaba por fax estos párrafos a Stanley. En aquella época, todavía era poco usual tener fax; no habríamos podido trabajar sin él.

Una vez terminada la tarea, anotaba en un diario personal los acontecimientos y no acontecimientos del día. Por ejemplo, llegó aquella semana en que dio la impresión de que el mundo se precipitaba hacia una época de recesión. Stanley vigilaba la bolsa con insistencia. Un día, entró en la habitación donde yo estaba trabajando y me aconsejó con aire sombrío: «Brian, deberías vender todas tus acciones y valores y comprar lingotes de oro.» Mi único lingote de oro habría sido del tamaño de un chicle. Y se produjo el mayor movimiento, en un solo día, de los pueblos europeos. De hecho, un movimiento único en la historia del mundo.

¿Y si lo hubiéramos llevado a la pantalla en 1982? Nadie lo habría creído. Hasta la ciencia ficción es el arte de lo verosímil. Los críticos habrían dicho: ahí reside la debilidad de la ciencia ficción. Es la vida real la que se apodera del arte de lo increíble, como sucedió a finales de los ochenta, y aún lo hace con la ascensión y expansión de la Unión Europea.

Los años pasaron. No íbamos a ningún sitio. La impaciencia de Stanley aumentó. El hada buena se levantaba de entre los muertos. Yo tenía la sensación de que me estaban engullendo, mientras al mismo tiempo intentaba seguir siendo marido y padre.

Stanley intuía un problema clave en David, el niño androide. David podía crearse mediante efectos especiales, pero el perfeccionismo de Stanley sugería que tal vez debería construirse un androide real. Profundizamos en esa posibilidad. El primer problema tecnológico que debíamos superar era conseguir que el niño caminara de una

forma que recordara a un niño de verdad, que andara, se diera la vuelta, se sentara, etcétera. La tecnología cinematográfica ha progresado desde entonces. En la actualidad, la simulación por ordenador se encargaría de la tarea.

En 1987 se estrenó *La chaqueta metálica*. Esta tardía visión de la guerra de Vietnam fue un éxito en Japón, pero menos en el resto del mundo. Con la ayuda de 36 palmeras importadas de España, Kubrick creó Vietnam en el interior de las ruinas de un descampado en el East End de Londres (antes de la construcción de Canary Wharf). «Es casi imposible construir ruinas plausibles —afirmaba Stanley—. Y los ocasos invernales de Londres se parecen a los de Vietnam.» Los actores desnudos fueron filmados en pleno invierno, con calefactores fuera de cámara para que no se les pusiera piel de gallina. ¡Ay, la magia del cine!

En 1990 surgieron dificultades entre nosotros. Agentes y abogados intercambiaron cartas. Stanley y yo habíamos inundado Nueva York, para que el hada buena surgiera de las profundidades. Intenté convencer a Stanley de que debía crear un gran mito moderno que rivalizara con *Teléfono rojo* y *2001*, de que debía desechar el cuento de hadas.

Fue absurdo por mi parte. Fui expulsado de la película. Nunca se despidió de mí o pronunció una palabra de agradecimiento. Encendió otro cigarrillo, me dio la espalda, y «*Superjuguetes*» fue rebautizado «*Al*», aunque él no conseguirla jamás rodarla.

En Stanley convivían dos tipos de genios. Junto con sus películas, tan variadas, poseía el don de alejar al mundo de su puerta creativa y cultivar su leyenda de ermitaño. Siempre supo que el tiempo era breve.

Los genios no se molestan con las cortesías normales. Tienen otras cosas en la cabeza. Es mejor no tomarse a mal sus hábitos mezquinos. Ni siquiera Arthur C. Clarke, el colaborador de Stanley en *2001*, pudo convertir mi viñeta en una película. Eso nos enseña una lección, aunque no sé muy bien cuál.

Fue un alivio seguir mi camino de nuevo. Durante unos años había sido uno de los tentáculos de Kubrick. Tenía muchos. En una ocasión, estábamos luchando con la idea de utilizar un auténtico niño androide. Sería toda una proeza. Stanley afirmaba que los norteamericanos sólo veían a los robots como amenazas. Pero los japoneses sí adoraban a los robots, de modo que ellos proporcionarían los genios de la electrónica que construirían los primeros androides auténticos. Convocó a Tony Frewin, su fiel mano derecha.

—Ponme con Mitsubishi. (Digamos que era Mitsubishi, pues he olvidado de qué empresa se trataba.)

—¿Con quién quieres hablar de Mitsubishi, Stanley?

—Ponme con el señor Mitsubishi.

Un rato después, el teléfono sonó. Stanley descolgó.

—¿El señor Stanley Kubrick? —dijo una voz al otro extremo de la línea—. ¿En qué puedo ayudarle?

Todo el mundo conocía el nombre de Stanley Kubrick. Cabía esperar que un hombre así no fuera como los demás mortales.

¿Por qué no se rodó «*Superjuguetes*»? La gente que me sucedió, y fracasó a su vez, se vio obligada a trabajar siguiendo las directrices trazadas por Stanley Kubrick.

Creo que estaba equivocado en algo básico. Obsesionado con las películas de ciencia ficción que arrasaban en taquilla, estaba decidido a trasladar mi escenario doméstico a la galaxia. Al fin y al cabo, había hecho lo mismo con el relato de Clarke y conseguido un gran éxito.

Pero, para empezar, como ya dije, «El centinela» mira hacia fuera. Habla de un misterio exterior, mientras que «Superjuguetes» habla de un misterio interior. David sufre porque no sabe que es una máquina. Éste es el verdadero drama. Como Mary Shelley dijo de su Frankenstein, «habla a los temores misteriosos de nuestra naturaleza».

La posible película de «Superjuguetes» debería plasmar a David enfrentado a su naturaleza real. Descubrir que uno es una máquina supone una gran conmoción. Funciona mal. Tal vez su padre le lleve a una fábrica, donde encontrará mil androides idénticos alineados. ¿Se autodestruye? El público debería estar sometido a un tenso y alarmante drama claustrofóbico, para afrontar las preguntas finales: «¿Importa que David sea una máquina? ¿Debería importar? ¿Hasta qué punto somos todos máquinas?»

Detrás de estos rompecabezas metafísicos queda una sencilla historia, la historia que atrajo a Stanley Kubrick, la de un niño que no puede complacer a su madre. Una historia de amor rechazado.

Stanley Kubrick murió en 1999. El hombre misterioso fue noticia. Me cansé de conceder entrevistas filmadas. Estaba intentando escribir una novela. Se me ocurrió volver a leer «Superjuguetes». Y luego me descubrí contándome lo que sucedía después. Treinta años después de aquella primera entrega, escribí un segundo relato, continuando las aventuras de David y Teddy.

Recibí una visita. Un visitante muy simpático, Ian Harlan, el cuñado y socio de Stanley. Ian quería que apareciera en un documental que estaba rodando sobre la vida de Kubrick. Al final de la tarde, le di el nuevo relato, «Los superjuguetes cuando llega el invierno». Ian envió la historia a Steven Spielberg, quien ha heredado las obras inacabadas de Stanley.

Entretanto, yo había escrito a Spielberg. En una carta, sugería que David debía encontrarse con mil réplicas de sí mismo. A Spielberg le gustó la idea y Ian ofreció comprar la frase que contenía la idea. Me encanta y divierte la idea de vender una frase, una sola frase, pero para entonces yo ya había imaginado cómo debería terminar el cielo de David, y había escrito un tercer relato. Las tres historias contienen un esbozo de todo lo que se necesita para una película, Ni Nueva York inundado, ni hada buena, tan sólo un intenso y poderoso drama de amor e inteligencia.

Ian envió a Spielberg el relato «Los superjuguetes en otras estaciones». Incluye la frase mágica.

Mediante un acuerdo amistoso con Warner Brothers, Spielberg ha adquirido los tres relatos de los Superjuguetes.

Si bien me siento satisfecho de ser el único hombre que ha vendido relatos a dos directores de cine magníficos, Kubrick y Spielberg, tengo entendido que Spielberg ha accedido a rodar SuperJuguetes, ahora titulado AI (Inteligencia Artificial), tal como Kubrick había previsto.

La producción se inició en Long Island en junio de 2000. La película se estrenará, muy apropiadamente, en 2001.

LOS SUPERJUGUETES DURAN TODO EL VERANO

En el jardín de la señora Swinton siempre era verano. Estaba rodeado de hermosos almendros, perpetuamente en flor. Monica Swinton cortó una rosa color azafrán, y la enseñó a David.

—¿A que es bonita? David la miró y sonrió sin contestar. Se apoderó de la flor, atravesó corriendo el jardín y desapareció tras la perrera donde acechaba el robosegador, preparado para cortar, barrer o rodar cuando llegara el momento. Monica se había quedado sola en el impecable sendero de grava plastificada.

Cuando tomó la decisión de seguir al niño, le encontró en el patio, y la rosa flotaba en el estanque. David se había metido en el agua, todavía calzado con las sandalias.

—David, cariño, ¿por qué has de portarte tan mal? Ve enseguida a cambiarte los zapatos y los calcetines.

El niño entró en la casa sin protestar, su cabeza morena oscilando a la altura de la cintura de su madre. A la edad de tres años, no mostró el menor temor al secador ultrasónico de la cocina. Sin embargo, antes de que su madre pudiera localizar un par de zapatillas, se zafó de ella y desapareció en el silencio de la casa.

Estaría buscando a Teddy. Monica Swinton, veintinueve años, de figura grácil y ojos centelleantes, fue a sentarse en la sala de estar y acomodó sus miembros con elegancia. Empezó por sentarse y pensar. Al cabo de poco, sólo estaba sentada. El tiempo se le reclinaba en el hombro con la pereza maníaca reservada a los niños, los locos y las esposas cuyos maridos están lejos de casa, mejorando el mundo. Casi por reflejo, extendió la mano y cambió la longitud de onda de las ventanas. El jardín se desvaneció. En su lugar, apareció el centro de la ciudad junto a su mano izquierda, abarrotado de gente, botes neumáticos y edificios, pero mantuvo el sonido al mínimo. Continuó sola. Un mundo superpoblado es el lugar ideal para estar solo.

Los directores de Synthank estaban disfrutando de un gran banquete para celebrar el lanzamiento de su nuevo producto. Algunos utilizaban máscaras faciales de plástico, muy populares en aquel momento. Todos eran elegantemente delgados, pese a la abundante comida y bebida que estaban trasegando. Todas sus esposas eran elegantemente delgadas, pese a la abundante comida y bebida que también estaban trasegando. Una generación anterior y menos sofisticada les habría considerado gente hermosa, aparte de sus ojos.

Henry Swinton, director gerente de Synthank, estaba a punto de pronunciar un discurso.

—Siento que tu mujer no haya podido venir para oírte —dijo su vecino.

—Monica prefiere quedarse en casa, absorta en hermosos pensamientos —contestó Swinton sin abandonar su sonrisa.

—No cabe duda de que una mujer tan hermosa ha de alumbrar hermosos pensamientos —dijo el vecino.

Aleja tu mente de mi esposa, bastardo, pensó Swinton, siempre sonriente.

Se levantó entre aplausos para pronunciar el discurso. Después de un par de bromas, dijo: —El día de hoy representa un auténtico avance para la empresa. Han pasado casi diez años desde que lanzamos al mercado nuestras primeras formas de

vida sintética. Todos sabéis el éxito que han alcanzado, en particular los dinosaurios en miniatura. Pero ninguna de ellas poseía inteligencia.

»Parece una paradoja que en este momento de la historia seamos capaces de crear vida pero no inteligencia. Nuestra primera línea de venta, la Cinta CrossweII, es la más vendida, y la más estúpida.

Todo el mundo rió.

»Aunque las tres cuartas partes de nuestro mundo superpoblado mueren de hambre, nosotros somos afortunados de tener más que nadie, gracias al control de natalidad. Nuestro problema es la obesidad, no la malnutrición. Supongo que no hay nadie en esta mesa que no tenga una CrossweII en el intestino delgado, un parásito cibernético perfectamente inofensivo que permite a su anfitrión comer hasta un cincuenta por ciento más, y sin embargo mantener la figura. ¿No es así?

Asentimientos generales.

»Nuestros dinosaurios en miniatura son casi igualmente estúpidos. Hoy lanzamos una forma de vida sintética inteligente: un criado de tamaño natural. No sólo posee inteligencia, sino una cantidad controlada de inteligencia. Creemos que la gente tendría miedo de un ser con cerebro humano. Nuestro criado lleva un pequeño ordenador en el cerebro.

»Se han lanzado al mercado seres mecánicos con miniordenadores en lugar de cerebro, objetos de plástico sin vida, superjuguetes... pero por fin hemos descubierto una forma de insertar circuitos informáticos en carne sintética.

David estaba sentado junto a la larga ventana de su cuarto, forcejeando con lápiz y papel. Por fin, dejó de escribir e hizo rodar el lápiz arriba y abajo por el sobre inclinado del escritorio.

—¡Teddy! —dijo. El oso saltó de la cama, se acercó con paso rígido y agarró la pierna del niño. David lo levantó y sentó sobre el escritorio.

—¡Teddy, no sé qué decir!

—¿Qué has dicho hasta el momento?

—He dicho... —Cogió su carta y la miró fijamente—. He dicho: «Querida mamá, espero que te encuentres bien. Te quiero...»

Se hizo un largo silencio, hasta que el oso dijo:

—Suenas bien. Baja y dásela.

Otro largo silencio.

—No acaba de convencerme. Ella no lo entenderá.

Dentro del oso, un pequeño ordenador activó su programa de posibilidades.

—¿Por qué no lo repites a lápiz?

David estaba mirando por la ventana.

—¿Sabes lo que estaba pensando, Teddy? ¿Cómo diferencias las cosas reales de las que no lo son?

El oso repasó sus alternativas.

—Las cosas reales son buenas.

—Me pregunto si el tiempo es bueno. Creo que a mamá no le gusta mucho el tiempo. El otro día, hace muchísimos días, dijo que el tiempo se le escapaba. ¿El tiempo es real, Teddy?

—Los relojes miden el tiempo. Los relojes son reales. Mamá tiene relojes, de modo que deben gustarle. Lleva un reloj en la muñeca, junto con el dial.

David había empezado a dibujar un jumbo en el reverso de su carta.

—Tú y yo somos reales, ¿verdad, Teddy?

Los ojos del oso contemplaron al niño sin pestañear.

—Tú y yo somos reales, David.

Estaba especializado en dar consuelo.

Monica paseaba sin prisas por la casa. Ya faltaba poco para sintonizar el correo de la tarde. Marcó el número de la central de correos en el dial de la muñeca, pero no apareció nada. Unos minutos más.

Podía proseguir su cuadro. O llamar a sus amigas. O esperar a que Henry llegara a casa. O subir a jugar con David...

Salió al vestíbulo y se acercó al pie de la escalera.

—¡David!

No hubo respuesta. Llamó otra vez, y una tercera.

—¡Teddy! —llamó, en un tono más perentorio.

—Sí, mamá.

Al cabo de un momento, la cabeza de pelaje dorado de Teddy apareció en el rellano de la escalera.

—¿Está David en su habitación, Teddy?

—David ha salido al jardín, mamá.

—¡Baja, Teddy!

Monica permaneció inmóvil, contemplando bajar peldaño a peldaño a la figurita peluda sobre sus extremidades achaparradas. Cuando llegó al vestíbulo, lo cogió y transportó hasta la sala de estar. Yacía quieto en sus brazos, con la mirada fija en ella. Apenas notaba la vibración del motor.

—Quédate ahí, Teddy. Quiero hablar contigo.

Lo dejó sobre la mesa, y el osito obedeció, con los brazos extendidos en el gesto eterno del abrazo.

—Teddy, ¿te ordenó David decirme que había salido al jardín?

Los circuitos del cerebro del oso eran demasiado sencillos para cualquier artificio.

—Sí, mamá.

—Luego me has mentado.

—Sí, mamá.

—¡Deja de llamarme mamá! ¿Por qué me esquivo David? No tendrá miedo de mí, ¿verdad?

—No. Él te quiere.

—¿Por qué no podemos comunicarnos?

—David está arriba.

La respuesta la dejó sin habla. ¿Para qué perder el tiempo hablando con esa máquina? ¿Por qué no subir, tomar a David en sus brazos y hablar con él, como haría cualquier madre con su hijo adorado? Oyó el peso del silencio que reinaba en la casa, pero pesaba de un modo diferente en cada habitación. En el rellano del primer piso, algo se movía con sigilo: David, que intentaba huir de ella...

Se acercaba el final del discurso. Los invitados estaban atentos, y también la prensa, alineada a lo largo de dos paredes del salón de banquetes, grabando las palabras de Henry y fotografiándole de vez en cuando.

—Nuestro criado será, en muchos sentidos, un producto de ordenador. Sin ordenadores, jamás habríamos podido dominar las complejidades bioquímicas de la

carne sintética. Este criado será también una extensión del ordenador, pues contendrá un ordenador en la cabeza, un ordenador microminiaturizado capaz de afrontar casi cualquier situación que pueda surgir en el hogar. Con reservas, por supuesto.

Risas. Muchos de los presentes conocían el acalorado debate que había tenido lugar en el seno de la junta de Synthank, antes de que se hubiera tomado la decisión de que el criado, bajo el impecable uniforme, fuera un ser neutro.

—Entre todos los triunfos de nuestra civilización, sí, y entre los espantosos problemas de superpoblación, es triste recordar a los muchos millones de personas que sufren cada día más de soledad y aislamiento. Nuestro criado será de gran ayuda para ellas. Siempre contestará, y no puede aburrirle ni la conversación más insípida.

»Para el futuro, proyectaremos más modelos, masculinos y femeninos, algunos sin las limitaciones de éste, os lo prometo, de un diseño más avanzado, verdaderos seres bioeléctricos.

»No sólo poseerán sus propios ordenadores, capaces de programación individual: estarán conectados con la Red Mundial de Datos. De esta forma, todo el mundo podrá disfrutar del equivalente de un Einstein en sus hogares. El aislamiento personal será erradicado para siempre.

Se sentó, arropado por una salva de aplausos entusiastas. Hasta el criado sintético, sentado a la mesa con un traje poco ostentoso, aplaudió con fervor.

David rodeó con sigilo una esquina de la casa, arrastrando su bolsa. Trepó al banco ornamental situado bajo la ventana del vestíbulo y echó un vistazo al interior. Su madre estaba de pie en mitad de la sala. La miró, fascinado. Tenía el rostro inexpresivo. Tal falta de expresión le asustó. No se movió; ella no se movió. Era como si el tiempo se hubiera detenido, tanto dentro como en el jardín. Teddy paseó la vista en torno, le vio, saltó de la mesa y se acercó a la ventana. Forcejeó con su garra y consiguió abrirla.

Ambos se miraron.

—No soy bueno, Teddy. ¡Huyamos!

—Eres un niño muy bueno. Tu mamá te quiere.

David negó lentamente con la cabeza.

—Si me quiere, ¿por qué no puedo hablar con ella?

—No seas tonto, David. Mamá se siente sola. Por eso te tiene a ti.

—Tiene a papá. Yo no tengo a nadie, excepto a ti, y me siento solo.

Teddy le dio una palmada cariñosa en la cabeza.

—Si tan mal te sientes, sería mejor que volvieras al psiquiatra.

—Odio a ese viejo psiquiatra. Con él tengo la sensación de no ser real.

Empezó a correr entre la hierba. El oso saltó de la ventana y le siguió con la máxima rapidez que le permitían sus patas achaparradas.

Monica Swinton estaba en el cuarto de los juguetes. Llamó a su hijo una vez y permaneció inmóvil, indecisa. Todo era silencio.

Lápices esparcidos sobre el escritorio. Obedeciendo a un repentino impulso, se acercó al escritorio y lo abrió. Dentro había docenas de hojas de papel. Muchas estaban escritas a lápiz con la torpe caligrafía de David, cada letra de un color distinto a la anterior. Ninguno de los mensajes estaba terminado.

MI QUERIDA MAMÁ, CÓMO ESTÁS, ME QUIERES TANTO QUERIDA MAMÁ, TE QUIERO Y TAMBIÉN A PAPÁ Y EL SOL ESTÁ BRILLANDO

QUERIDÍSIMA MAMÁ, TEDDY ME ESTÁ AYUDANDO A ESCRIBIRTE. TE QUIERO Y TAMBIÉN A TEDDY

QUERIDA MAMÁ, SOY TU ÚNICO HIJO Y TE QUIERO TANTO QUE A VECES

QUERIDA MAMÁ, TÚ ERES DE VERDAD MI MAMÁ Y ODIO A TEDDY

QUERIDA MAMÁ, ADIVINA CUÁNTO TE QUIERO QUERIDA MAMÁ, SOY TU HIJITO NO TEDDY Y TE QUIERO

PERO TEDDY

QUERIDA MAMÁ, ESTA CARTA ES SÓLO PARA TI PARA DECIRTE CUANTÍSIMO...

Monica dejó caer las hojas de papel y estalló en lágrimas. Con sus alegres e inadecuados colores, las cartas revolotearon y se posaron en el suelo.

Henry Swinton cogió el expreso de vuelta a casa, de muy buen humor, y de vez en cuando dirigió la palabra al criado sintético que se llevaba a casa. El criado contestaba con educación y precisión, aunque sus respuestas no siempre eran adecuadas según los criterios humanos.

Los Swinton vivían en uno de los barrios más lujosos de la ciudad, a medio kilómetro sobre el nivel del suelo. Encerrado entre otros apartamentos, el suyo carecía de ventanas al exterior, pues nadie quería ver el mundo exterior superpoblado. Henry abrió la puerta con el escáner retiniano y entró, seguido del criado.

Al instante, Henry se encontró rodeado por la confortadora ilusión de jardines sumergidos en un verano eterno. Era asombroso lo que Todograma podía hacer para crear inmensos espejismos en un espacio reducido. Detrás de las rosas y las glicinas se alzaba su casa. El engaño era completo: una mansión georgiana parecía darle la bienvenida.

—¿Te gusta? —preguntó al criado.

—Las rosas tienen parásitos a veces.

—Estas rosas están garantizadas contra toda imperfección.

—Siempre es aconsejable comprar productos garantizados, aunque sean un poco más caros.

—Gracias por la información —dijo Henry con sequedad. Las formas de vida sintéticas tenían menos de diez años, y los antiguos androides mecánicos menos de dieciséis. Aún estaban eliminando los fallos de sus sistemas, año tras año.

Abrió la puerta y llamó a Monica. Su esposa salió de la sala de estar al instante y le echó los brazos al cuello, le besó con pasión en las mejillas y los labios. Henry se quedó asombrado.

Apartó la cabeza para mirarle la cara y vio que parecía irradiar luz y belleza. Hacía meses que no la veía tan entusiasmada. La abrazó con más fuerza.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Henry, Henry... Oh, querido. Estaba tan desesperada... Pero sintonicé el correo de la tarde y... ¡No te lo vas a creer! ¡Es maravilloso!

—Por el amor de Dios, mujer, ¿qué es maravilloso?

Vislumbró el encabezamiento de la fotostática que ella sujetaba, recién salida del receptor mural y todavía húmeda: Ministerio de la Población. Sintió que el color abandonaba su semblante a causa de la sorpresa y la esperanza.

—Monica... Oh... ¡No me digas que ha salido nuestro número!

—Sí, querido, hemos ganado la lotería de paternidad de esta semana. ¡Podemos concebir un hijo ahora mismo!

Henry lanzó un grito de júbilo. Bailaron por la sala. La presión demográfica era tan enorme que la reproducción era controlada estrictamente. Se requería un permiso del gobierno para tener hijos. Habían esperado cuatro años a que llegara aquel momento. Proclamaron a los cuatro vientos su alegría.

Pararon por fin, jadeantes, y se quedaron en el centro de la sala, riendo de la mutua felicidad. Cuando había bajado del cuarto de los juguetes, Monica había desoscurecido las ventanas, de modo que ahora exhibían la perspectiva del jardín. El sol artificial teñía de oro el césped... y David y Teddy les estaban mirando a través de la ventana.

Al ver sus caras, Hetiry y su mujer se pusieron serios.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Henry.

—Teddy no causa problemas. Funciona bien.

—¿David funciona mal?

—Su centro de comunicación verbal todavía le causa problemas. Creo que tendrá que volver a la fábrica.

—De acuerdo. Veremos cómo funciona antes de que nazca el niño. Lo cual me recuerda... Tengo una sorpresa para ti. ¡Ayuda en el momento necesario! Ven al vestíbulo, te enseñaré lo que he traído.

Mientras los dos adultos desaparecían de la sala, el niño y el oso se sentaron bajo las rosas.

—Teddy... Supongo que papá y mamá son reales, ¿verdad?

—Haces unas preguntas muy tontas, David —contestó Teddy—. Nadie sabe lo que significa «real». Entremos.

—Antes voy a coger otra rosa.

Arrancó una flor brillante y se la llevó a la casa. Podría dejarla sobre la almohada cuando fuera a dormir. Su belleza y suavidad le recordaban a mamá.

LOS SUPERJUGUETES CUANDO LLEGA EL INVIERNO

En el jardín de la señora Swinton no siempre era verano. Había salido a la ciudad abarrotada de gente con David y Teddy, para comprar un VRD de Euroinvierno. Ahora, los almendros estaban desnudos de hojas. Sus ramas estaban cargadas de nieve. La nieve no se fundiría mientras el disco estuviera en funcionamiento.

Al igual que en las falsas paredes y ventanas de la casa simulada de los Swinton. La nieve siempre permanecería amontonada sobre los antepechos de las ventanas. Los carámbanos que colgaban de los canalones nunca se fundirían mientras el disco estuviera en funcionamiento.

El gélido cielo azul invernal nunca cambiaría mientras el disco estuviera en funcionamiento.

David y Teddy estaban jugando junto al helado estanque decorativo. Su juego era sencillo. Se deslizaban desde los lados opuestos del estanque y casi se rozaban al cruzarse. Siempre era motivo de risa para ellos.

—¡Esta vez casi te he tocado, Teddy! —gritó David. Monica les observaba desde la ventana de la sala de estar. Aburrida por su juego repetitivo, desconectó la ventana y dio inedia vuelta. El criado sintético salió de su gabinete y preguntó con voz grave si podía hacer algo por ella.

—No, gracias, Jules.

—Siento que todavía esté abatida, señora.

—No es nada, Jules. Lo superaré.

—¿Quiere que le pida a su amiga Dora-Belle que venga?

—No es necesario.

Henry Swinton había equipado al criado hacía poco con una actualización. Había afectado a su deambulación, que ahora era menos segura. Le proporcionaba un aspecto muy realista de anciano, y no lo habían corregido. Ahora hablaba de una forma más humana y a Monica le gustaba más.

Llamó a Henry por el Ambient. Su rostro apareció en el globo, sonriente.

—¡Hola, Monica! ¿Cómo va todo? Parece que la Opa saldrá adelante. He de hablar con Havergail Bronzwick dentro de nueve minutos, hora oficial del Este. Si llegamos a un acuerdo, Synthiania se convertirá en la mayor empresa de productos sintéticos del planeta, más poderosa que cualquier otra empresa de Japón o Estados Unidos.

Monica escuchaba con atención, aunque comprendió que su marido estaba ensayando el discurso que iba a endilgar a Bronzwick.

—Cuando pienso en nuestros inicios, Monica... Si el trato se cierra, yo..., bien, seré trescientos millones de mundos más rico... Ya he trazado grandes planes para nosotros. Nos mudaremos a un lugar mejor, venderemos a David y Teddy, los sustituiremos por sintéticos de última generación, compraremos una isla...

—¿Llegarás a casa pronto?

La pregunta interrumpió la cháchara entusiasta de Henry.

—Ya sabes que esta semana he de estar fuera —dijo con cautela—. Espero regresar el lunes...

Monica cortó la comunicación. Sentada en su silla giratoria, con las manos enlazadas, captó un movimiento con el rabillo del ojo. David y Teddy seguía patinando en el estanque, lanzaban gritos de júbilo. Tal vez continuarían así eternamente... Se levantó, abrió la ventana les llamó.

—Entrad, niños. Subid a jugar a vuestra habitación.

—¡De acuerdo, mamá! —gritó David. Bajó del estanque helado, y se volvió para ayudar a su torpe amigo.

—Estoy engordando, David —dijo Teddy, y rió.

—Tú siempre has estado gordo, Teddy. Por eso me gustas —dijo David—. Te hace muy mimoso.

Entraron corriendo por la puerta principal, que se cerró a sus espaldas. Subieron al cuarto de los juguetes, fingiendo regocijo.

—¡Te ganaré! —gritó David. Eran tan infantiles. Monica les vio desaparecer escaleras arriba con cierta melancolía.

El reloj de Ambient dio las cinco y se conectó. Monica se volvió hacia el aparato y no tardó en entrar en la red. En todo el planeta, otras personas, sobre todo mujeres, empezaron a hablar de temas religiosos. Algunas enviaban sus pensamientos electrónicos en papel. Otras exhibían fotomontajes que habían compuesto.

—Necesito a Dios porque estoy sola con mucha frecuencia —dijo Monica a la multitud de receptores—. Mi bebé murió. Pero no sé dónde está Dios. Tal vez no visita ciudades.

Llovieron las respuestas.

—¿Estás tan loca como para pensar que Dios vive en el campo? Si es así, olvídale. Dios está en todas partes.

—Dios se encuentra a tan sólo una oración de distancia, vivas donde vivas.

—Pues claro que estás sola. Dios es un concepto inventado por un hombre desdichado. Empieza una nueva vida, querida. Consulta las neurociencias.

—¡Dios no puede ponerse en contacto contigo porque tú pienses que estás sola!

Meditó en las respuestas, las grabó durante dos horas. Después desconectó el Ambient y se sentó en silencio. El silencio también reinaba en el piso de arriba.

Un día, había decidido, llevaría a cabo un análisis de todos los mensajes recibidos. Una síntesis sería valiosa. Compondría una Ambproducción de los resultados. Su nombre se haría popular. Se atrevería a caminar por las calles, con un guardaespaldas. La gente diría: «¡Caramba, es Monica Swinton!»

Despertó de su fantasía. ¿Por qué estaba David tan silencioso?

David y Teddy estaban echados juntos en el suelo de su habitación, mirando un videolibro. Reían de las travesuras de los animales animados. Un elefantito regordete con pantalones a cuadros no paraba de caer sobre un tambor que rodaba calle abajo hacia un río.

—¡Iría a parar a ese río, tarde o temprano! —dijo Teddy entre risotadas.

Los dos alzaron la vista cuando Monica apareció. Se agachó, cogió el libro y lo cerró.

—¿Aún no os habéis cansado de este juguete? —preguntó—. Hace tres años que lo tenéis. Debéis de saber con toda exactitud lo que le va a pasar a ese estúpido elefante.

David agachó la cabeza, aunque estaba acostumbrado a la desaprobación de su madre.

—Es que nos gusta ver lo que va a pasar, mamá. Apuesto a que si lo miramos otra vez, Elly irá a parar al río. Es muy divertido.

—Pero no lo miraremos si tú no quieres —añadió Teddy.

Monica se arrepintió de su exabrupto. Al fin y al cabo, conocía sus limitaciones. Dejó el videolibro sobre la alfombra y suspiró.

—Nunca os haréis mayores.

—Ya lo intento, mamá. Esta mañana he visto un programa científico de historia natural en la DTV.

Monica dijo que eso estaba bien. Preguntó a David qué había aprendido. El niño contestó que había aprendido cosas sobre los delfines.

—Pertenece al mundo natural, ¿verdad, mamá?

Cuando el niño levantó los brazos para que ella le abrazara, Monica retrocedió, aterrada por la idea de estar perpetuamente atrapada en una infancia eterna, sin evolucionar nunca, sin escapar nunca...

—Supongo que mamá siempre está muy ocupada —dijo David a Teddy, cuando Monica se marchó.

Siguieron sentados, mirándose. Sonrientes.

Henry Swinton estaba comiendo con Petruslika Bronzwick. Un par de rubias decorativas les acompañaban a la mesa. Estaban en un restaurante donde un anacrónico cuarteto de cuerda tocaba no muy lejos. La opA amistosa de Syntlimania sobre Havergail Bronzwick PCL procedía de forma satisfactoria. Los abogados terminarían de redactar los documentos pasado mañana.

Escenario: un restaurante sólo para ricos. Boato: una ventana auténtica en el techo, que dejaba entrar la luz del sol, apenas oscurecido por la contaminación.

Petruslika y Heriry, con sus damas, estaban dando cuenta de dos cochinitos, que giraban lentamente en un espetón junto a la mesa. Los cerdos chisporroteaban y soltaban gotas de grasa. Los comensales acompañaban el festín con champán de reserva especial.

—¡Oh, esto está buenísimo! —exclamó la rubia que se hacía llamar Burbujas. Pertenece a Petruslika Bronzwick. Se secó la barbilla con una servilleta verde—. Podría seguir comiendo sin parar, ¿no os parece?

Henry se inclinó hacia adelante, con el cuchillo y el tenedor inclinados.

—Hemos de adelantarnos a la competencia, Pet —dijo—. Cada centímetro cúbico de córtex del cerebro humano contiene cincuenta millones de neuronas. Es a eso a lo que nos enfrentamos, desengáñate. La época de los cerebros sintéticos ha terminado. Olvídala. Estamos fabricando cerebros reales desde ayer.

—Claro —corroboró Petruslika. Se inclinó para cortar otra loncha del vientre, y alejó con un ademán al camarero que ya se precipitaba—. ¿Por qué serán siempre tan pesados los camareros? —Su aguda risa era famosa, y temida en algunos ambientes. Acababa de cumplir veinte años y ya utilizaba Preservanex, espectralmente delgada con pelo corto multicolorado, ojos azules y un leve tic en su mejilla izquierda multicolorada—. Y estamos hablando de cien millones de neuronas. Pero desde que acabamos con la silicona, llevamos las de ganar. La cuestión, Henry, radica en encontrar los fondos.

Henry se llevó a la boca un succulento bocado antes de contestar.

—La cinta Crosswell de Synthinania se encargará de ese pequeño problema. Ya has visto las cifras. El PNB de Kurdistan no es nada en comparación. La producción ha aumentado otra vez este año, en un catorce por ciento. Crosswell fue nuestra primera

línea de superventas, cuando aún éramos Synthank. Ha conquistado el mundo occidental. La Píldora no tiene nada que hacer contra Crosswell.

—Yo llevo una Crosswell —dijo Rosa Angel. Indicó su regazo con un dedo delicado. Era la favorita de Henry—. La llevo siempre —añadió para dar énfasis a sus palabras, al tiempo que miraba de reojo a Henry.

Henry se inclinó hacia ella y le concedió una mirada risueña, junto con uno de sus discursos favoritos.

—Tres cuartas partes de este mundo superpoblado se mueren de hambre. Somos afortunados de tener más que suficiente de todo, gracias al desequilibrio entre población y producción. La obesidad es nuestro principal problema, pero no la malnutrición.

—¡Muy cierto! —suspiró Burbujas. Labios rojos, dientes blancos. Se sirvió un trozo dorado de costra churruscante.

—¿Hay alguien que no lleve una Crosswell en el intestino delgado? —preguntó Henry retóricamente, y meneó la cabeza en respuesta a su propia pregunta—. Jim Crosswell fue un, nanobiólogo genial. Yo fui quien le descubrió, quien le dio trabajo. Este parásito inofensivo permite a cualquiera comer un cien por cien más sin perder la figura, ¿verdad?

—Claro, uno de nuestros grandes inventos de ayer —dijo Petrushka con malevolencia—. Nuestro Senorani proporciona casi los mismos beneficios.

—Cuesta más, para empezar —dijo Burbujas, pero su comentario fue ahogado por Rosa Angel, que palmeó sus bonitas y menudas manos.

—¡Vamos a arrasar! —Levantó su copa—. ¡Por dos personas inteligentes!

En respuesta al brindis, Henry se preguntó de dónde había sacado el plural. Pagaría aquel error. Él se encargaría de ello.

Monica estaba a punto de ir a esquiar. El criado sintético la acompañó hasta la cabina instalada en el callerium. Le ofreció la mano con ademán cortés. Ella la aceptó. Le gustaba aquel toque de gracia. Evocaba una infancia lejana y semiolvidada en la que había existido... Lo había olvidado. ¿Tal vez un padre cariñoso?

Una vez en la cabina, se conectó y tecleó la imagen de «nieve en la montaña». Al instante cayó nieve con la fuerza de una ventisca. La visibilidad era mala. Escaló la montaña. Era aterrador. Estaba sola por completo. Un árbol solitario se hallaba cubierto de blanco.

En cuanto llegó al refugio, entró y descansó, jadeante, antes de ponerse los esquís. El desafío era el frío, los crueles elementos. Los había vencido. La tormenta de nieve se retiraba. Antes de lanzarse colina abajo, se puso la mascarilla. Con una aceleración embriagadora, su cuerpo entró en combate con el aire demencial, rugiente, furioso, insoportable. Detrás de la mascarilla, su boca se abrió en un chillido de puro goce. Esto era la libertad, el abrazo de la gravedad.

Terminó. Estaba sola, desnuda, en el estrecho cubículo. Salió una vez estuvo vestida. Tal vez era un buen momento para tomar un trago de vodka. Prefería el United Dairies, que venía con la leche ya mezclada.

David y Teddy aparecieron con aire inquieto.

—Sólo estábamos jugando, mamá —dijo David.

—No hicimos ruido —dijo Teddy—. Fue Jules quien hizo ruido cuando cayó.

Monica se volvió y vio a Jules tendido en el suelo. Su pierna izquierda pataleaba débilmente. Al caer había buscado un punto de apoyo y derribado la reproducción de Kussinski de la que Monica se sentía tan orgullosa, de la que siempre hablaba cuando

iba a visitarla su amiga Dora-Belle. Yacía en pedazos junto al cráneo del criado. El cráneo se había abierto, dejando al descubierto la matriz de audición y habla.

Cuando Monica se arrodilló junto al cuerpo, David dijo:

—Da igual, mamá. Sólo estábamos jugando cuando tropezó. Sólo es un androide.

—Sí, sólo es un androide, mamá —coreó Teddy—. Pronto podrás comprar otro.

—¡Oh, Dios! Es Jules. ¡Pobre Jules! Era mi amigo.

Apoyó la mano sobre su cara. No derramó ni una lágrima.

—Pronto podrás comprarnos otro, mamá —dijo David. Tocó con timidez su brazo.

Monica se revolvió contra él.

—¿Y tú qué te crees que eres? ¡No eres más que un pequeño androide! —Se arrepintió de sus palabras en cuanto salieron de su boca, pero David ya estaba emitiendo una especie de chillido, entre palabras pronunciadas con dificultad.

—No... no soy un androide... Soy real..., real como Teddy..., como tú, mamá... sólo que no me quieres... mi programa... nunca me has querido...

Corrió en pequeños círculos, y cuando se le agotaron las palabras, se precipitó hacia la escalera, sin dejar de emitir el extraño chillido.

Teddy le siguió. Desaparecieron de vista. Monica se levantó y permaneció inmóvil, temblorosa, sobre el cuerpo del criado. Se tapó los ojos con las manos. No iba a ser fácil calmar su desesperación.

Se oyó una serie de estrépitos en las habitaciones de arriba. Monica fue a investigar con cautela.

Teddy estaba espatarrado sobre la alfombra, con los brazos extendidos. David se había arrodillado sobre él, después de abrirle la barriga, y estaba investigando el complejo mecanismo de su interior.

Teddy advirtió la mirada, horrorizada de Monica.

—No pasa nada, mamá. Le he dado permiso a David. Estamos intentando averiguar si somos reales o sólo... urrrp...

David había extraído la clavija que había en el pecho del oso, cerca del estabilizador, donde habría estado el ventrículo izquierdo del corazón en un ser humano.

—¡Pobre Teddy! ¡Ha muerto! En realidad era una máquina. Luego eso significa...

Mientras hablaba, David agitaba las manos de forma incontrolada. Cayó y se golpeó en la cara, que se agrietó y reveló los engranajes de plástico que ocultaba.

—¡David! ¡David! No te desesperes. Podemos reparar... —¡Deja de hablar! — David gritó las palabras con fuerza, mientras se levantaba de un brinco, huía de la habitación y bajaba la escalera corriendo.

Monica se quedó sobre el osito inerte, escuchando los ruidos que hacía David en la planta baja. Sus ojos ya no pueden enfocar el mismo objeto, pensó Monica. Su carita está destrozada.

Se acercó a la escalera, temerosa. Tenía que llamar a Henry y pedirle ayuda. Henry debía volver a casa.

Sonó un intenso chisporroteo de electricidad. Luz cegadora. Oscuridad.

—¡David!

Pero se estaba cayendo. David había atacado el centro de control de la casa, lo había arrancado de la pared en un acceso de furia y desesperación. Todo dejó de funcionar.

La casa desapareció, y con ella el jardín. David estaba de pie en mitad de una estructura esquelética de andamiaje conectado con cables, empotrado de cualquier manera en bloques de ladrillo de cenizas. Había cascotes a sus pies. Un humo acre flotaba al nivel del suelo.

Tras un rato de absoluta inmovilidad, David avanzó a través de lo que había sido la casa, lo que había sido el jardín nevado, donde había jugado tan a menudo con su amigo Teddy.

Se detuvo en una callejuela, en un mundo desconocido. La vieja acera estaba resbaladiza. Crecían malas hierbas entre las losas. Los restos de una época anterior estaban esparcidos a sus pies. Pateó una lata aplastada con la etiqueta «Oka-col».

Una luz mortecina se imponía a todo. El día de verano estaba llegando a su fin. No veía con claridad, pero vislumbró con el ojo derecho una rosa enfermiza que brotaba junto a un muro de ladrillo derrumbado.

Se acercó a la planta y arrancó un brote. Su belleza y suavidad le recordaron de nuevo a mamá.

—Soy humano, mamá —dijo al cuerpo caído de su madre—. Te quiero y me siento triste como la gente real, así que debo ser humano... ¿verdad?

LOS SUPERJUGUETES EN OTRAS ESTACIONES

Ciudad Desperdicio se extendía cerca del centro de la ciudad. David se dirigió hacia ella, guiado por un enorme reparador-mezclador. El reparador-mezclador tenía muchas manos y brazos de diversas dimensiones. Los llevaba apretados contra su carcasa oxidada. Como andaba sobre patas extensibles muy delgadas, era más alto que David.

—¿Por qué eres tan grande? —preguntó David mientras caminaban.

—El mundo es grande, David. Por lo tanto, yo soy grande.

Al cabo de un silencio, el niño de cinco años dijo:

—El mundo ha sido grande desde que mi mamá murió.

—Las máquinas no tienen mamás.

—Te comunico que no soy una máquina.

Se entraba en Desperdicio bajando una pronunciada pendiente, y estaba oculta en parte del mundo humano por un muro alto de bloques de ladrillo de cenizas. La carretera que conducía a esta ciudad de chatarra era amplia y cómoda. En su interior, todo era irregular. Las formas extrañas estaban a la orden del día. Muchas formas se movían, o podían moverse o podrían moverse. Eran de colores muy variados y algunas exhibían enormes letras o cifras. El color favorito era el marrón herrumbre. Se especializaban en rascadas, grandes melladuras, cristales destrozados, paneles rotos. Se tenían de pie en charcos y rezumaban herrumbre.

Era el país de lo obsoleto. A Desperdicio iban o eran arrojados todos los modelos antiguos de aparatos automáticos, robots, androides y otras máquinas que habían dejado de ser útiles a la atareada humanidad. Se encontraba todo aquello que había funcionado en otro tiempo, desde tostadoras y cuchillos eléctricos a grúas y ordenadores que sólo podían contar hasta infinito menos uno. El pobre reparador-

mezclador había perdido uno de sus asidores, y ya nunca podría volver a levantar una tonelada de cemento.

Era una ciudad muy solidaria. Todo objeto desechado podía ayudar a otro objeto desechado. Cada calculadora de bolsillo antigua podía calcular algo útil, aunque sólo fuera la anchura de un carril entre dos bloques de automóviles desguazados que permitiera el paso de Motos y segadoras mecánicas.

Un cansado y viejo empleado de supermercado tomó a su cargo a David. Compartieron el aceite quemado de una unidad de refrigeración.

—Estarás bien conmigo hasta que tus transistores se fundan —dijo el empleado.

—Eres muy amable. Ojalá Teddy estuviera conmigo —dijo, David.

—¿Qué tiene de especial Teddy?

—Antes jugábamos juntos. Teddy y yo.

—¿Era humano?

—Era como yo.

—Una simple máquina, ¿eh? En ese caso será mejor que olvides.

¿Olvidar a Teddy?, pensó David. Quería mucho a Tedd. Pero se estaba bien en la unidad de refrigeración.

Un día, el empleado preguntó:

—¿Quién te cuidaba?

—Tenía un papá llamado Heriry Swinton, pero casi siempre estaba en viaje de negocios.

Heriry Swinton estaba en viaje de negocios. Junto con tres socios, se alojaba en un hotel de una isla de los mares del Sur. La suite en la que se habían reunido dominaba arenas doradas que se extendían hasta el océano. Crecían tamariscos bajo la ventana, y una brisa con fondo de calor tropical agitaba suavemente las hojas.

El murmullo de las olas que rompían en la playa no se filtraba por el cristal triple.

Henry y sus socios estaban sentados con botellas de agua mineral y carpetas delante de ellos. Henry daba la espalda a la agradable vista.

Henry había ascendido a director ejecutivo de Worldsynth Claws. Tenía más categoría que los demás socios sentados a la mesa. De éstos, uno en particular, Asda Dolorosaria, se había autoelegido portavoz de la oposición.

—Ya has visto las cifras, Henry. Tu propuesta de invertir en Marte no rendirá beneficios antes de un siglo. Sé razonable, por favor. Olvida esa loca idea.

—La razón es una cosa —repuso Henry—, y la intuición otra. Ya conoces nuestro volumen de negocios en Asia central. Es la zona del planeta más parecida a Marte. Hemos instalado una red de comunicaciones. No hay un solo elemento mecánico que no salga de nuestras fábricas. Invertí en Asia central cuando nadie quería hacerlo. Has de confiar en mí en lo tocante a Marte.

—Sanisawy se muestra contrario a tus argumentos —dijo Mauree Shilverstein con voz seca. Sanisawy era el superordenador Mk V, que en la práctica controlaba Worldsynth Claws—. Lo siento. Eres brillante, pero ya sabes lo que dice Sanisawy. —Le dedicó la imitación de una sonrisa—. Dice que lo olvides.

Henry abrió las manos y juntó los dedos, de manera que formaron un arco de sabiduría.

—De acuerdo, pero Sanisawy no posee mi intuición. Intuyó que si colocamos nuestra sinthayuda en Marte ahora, podrán controlar el creador de atmósfera. Dentro de nada, bueno, digamos en medio siglo, Worldsynth llegará a ser dueño de la atmósfera. Eso equivale a ser dueño de Marte. Todas las actividades humanas son

secundarias a la respiración, ¿de acuerdo? ¿Es que no lo entendéis? —Dio un puñetazo sobre la mesa de madera reconstituida real garantizada—. Hay que tener instinto. Yo alcé toda esta empresa sobre una intuición.

El viejo Ainsworth Clawsinski no había dicho nada, se había limitado a mirar a Heriry sin pestañear. Él era el Claws de la empresa. La clavija de su oreja izquierda indicaba que estaba en contacto permanente con Sanisawy. Habló desde el extremo de la mesa.

—Que le den por el culo a tu instinto, Henry —sus colegas, enardecidos, le corearon.

—Los accionistas no piensan en términos de medio siglo, Henry —dijo Maureen Shilverstein. Era la que al principio había apoyado la idea de Henry.

—Marte carece de valor para las inversiones. Está demostrado —dijo Asda Dolorosaria—. Han importado mano de obra tibetana. Es más barata y prescindible. Es mejor que te olvides de los demás planetas, Henry, y que concentres tu mente en el descenso del dos por ciento de los últimos años en este planeta.

Heriry enrojeció.

—Olvidad el pasado. ¡Os estáis quedando atrás, los tres! Marte es el futuro. Ainsworth, con el debido respeto, eres demasiado viejo para pensar siquiera en el futuro. Suspendemos la reunión y la continuaremos a las tres y media. Os lo advierto: sé lo que hago. Quiero Marte en bandeja.

Recogió su carpeta y salió de la habitación.

David descubrió que Desperdicio tenía un taller de reparaciones. Caminó por el laberinto de callejuelas oxidadas hasta llegar a la tienda. Estaba situada en un depósito de agua estático, vuelto del revés, con una entrada cortada en un lado con un soldador. Dentro del refugio poblado de ecos, pequeñas máquinas industriales trabajaban, remendaban, aserraban y replicaban. Se canibalizaban circuitos todavía válidos, se regeneraban motores, lo antiguo se hacía menos antiguo, lo anticuado meramente antiguo.

Y allí repararon la cara averiada de David. Allí también conoció a los DevIin Danzantes. Un enchufe en la pierna del DevIin varón se había desplazado. La sociedad de consumo lo había descartado. Además, él y su compañera femenina, con su veloz acto de baile, estaban pasados de moda. Cada vez habían ganado menos dinero. Los habían arrojado al vertedero de chatarra.

Sustituyeron el enchufe. Recargaron las baterías. Ahora, DevIin (V) podía bailar otra vez con DevIin (H). Se llevaron a David a su pequeña madriguera. Repitieron su número una y otra vez. David miró y miró. Nunca se cansaban de la rutina.

—¿Verdad que somos maravillosos, querido? —preguntó DevIin (H).

—Aún me gustaría más si Teddy pudiera veros conmigo.

—Es el mismo baile, chaval, esté o no Teddy.

—Pero no lo entendéis...

—Entiendo que nuestro baile es inteligente, aunque nadie mire. En otra época, cientos de personas reales nos miraban bailar. Pero entonces era diferente.

—Ahora es diferente —dijo David.

La arena cedía bajo sus pies. Henry Swinton se quitó las zapatillas de deporte y las dejó tiradas en la playa. Caminó por la orilla del océano. Estaba desesperado. Se había despeñado desde un alto acantilado de éxito.

Después de la decepcionante conclusión de la reunión matinal, había ido al bar de los huéspedes para deleitarse con un largo y lento vodkaleche, la Bebida del Año.

«Vodkaleche: suave como la seda.», Sus socios le habían rehuido. Había subido en ascensor hasta su suite privada, en el último piso.

Melocotones había desaparecido. Sus maletas habían desaparecido.

Su fragancia perduraba, el aire acondicionado aún no la había eliminado.

Había escrito con lápiz de labios en el espejo:

¡¡¡LEE TU AMBIENT!!! ¡LO SIENTO Y ADIÓS! M.

—Quiere hacerse la graciosa —pensó Henry en voz alta. Sabía que estaba equivocado. Melocotones nunca se hacía la graciosa.

El Ambient ya estaba sintonizado con el canal privado de Worldsynth. Henry se acercó al globo y lo conectó.

S MV.V. MENSAJE PARA HENRY SWINTON. SU PROYECTO DE MARTE NO ACEPTABLE PARA ACCIONISTAS. PROYECTO EXCEDE NUESTROS PLANES FUTUROS.

ROGAMOS ACEPTE AGRADECIMIENTO Y JUBILACIÓN INSTANTÁNEA A PARTIR DE ESTE MOMENTO. ABIERTOS A LA NEGOCIACIÓN SOBRE VALOR DE APRETÓN DE MANOS FINAL SI NO SE SUSCITAN DISCUSIONES.

VER LEY DE EMPLEO 21066A CLÁUSULAS 16-21. ADIÓS.

El océano, que se le había antojado tan brillante y limpio desde el hotel, estaba sembrado de botellas de plástico a lo largo de la orilla, junto con peces muertos. Heriry se dejó caer por fin en la arena, agotado. Había engordado en los últimos meses, pese a su cinta Crosswell, y no estaba acostumbrado a andar.

Ninguna gaviota visitaba esta isla. Abundaban las golondrinas. Los pájaros volaban en círculos en lo alto, y de vez en cuando se lanzaban sobre algún insecto en vuelo. En cuanto capturaba el insecto, el ave volvía con él a los aleros del hotel para alimentar a sus crías, que chillaban en el nido. Después, regresaba y revoloteaba sobre los peces muertos, en el punto donde el océano se encontraba con la orilla. Daba la impresión de que las aves nunca descansaban.

Desde donde se encontraba Henry, el hotel ofrecía un aspecto elegante. Había sido construido sobre la arena. Poco a poco, un extremo se iba hundiendo. Parecía un inmenso barco de cemento en un mar sepia.

Experimentó una oleada de odio contra todos sus conocidos, contra todos aquellos que se habían cruzado en su camino desde el principio. El ruido de las botellas de plástico al entrechocar entre sí era la banda sonora de su ira.

Pensó en matar a Ainsworth Clawsiriski, su enemigo en la junta durante cierto tiempo. Al final, la rabia se volvió contra él.

—Pero ¿qué he hecho? ¿Qué he sido? ¿Qué ha pasado por mi mente? ¡Un gran éxito! Éxito vacío... Sí, vacío. Lo único que he hecho ha sido comprar cosas. Soy un vendedor, nada más. Mejor dicho, era un vendedor. Compraba y vendía. Dios mío, quería comprar Marte. Todo un planeta... La codicia me ha enloquecido. Estoy loco. Estoy enfermo. Mortalmente enfermo. ¿Había algo que me importara?

»Nunca he sido creativo. Imaginaba que era creativo. Nunca he sido un científico. Sólo un gilipollas. ¿Qué sé de mecs y de vender? Oli, Dios, qué fracaso soy, un fracaso desesperado. He ido demasiado lejos. ¿Por qué no me di cuenta? ¿Por qué me alejé de Monica? Monica, querida mía... Te quería, Monica. Y te dejé tirada con un niño de juguete. Niños. David y Teddy.

»Al menos David te quería. David. Pobre niño de juguete, tu único consuelo.

»Dios mío, ¿qué habrá sido de David? Quizá...

Las golondrinas chillaban en lo alto.

Un camión municipal entró con lentitud en Desperdicio. Una vez dentro, giró su enorme rnorro hacia la izquierda y se adentró en lo que se conocía como Vertedero.

Mandos automáticos empezaron a inclinar la plataforma posterior. Cierta número de robots obsoletos, que habían servido durante mucho tiempo a la gente que trabajaba en el sistema del metro, resbalaron de la parte posterior del camión. Cayeron al suelo con estrépito. El camión arrojó al último robot, que se agarraba a la plataforma, al vertedero.

Uno o dos robots se rompieron a causa de la caída. Uno quedó tendido de cara, agitando un brazo inútilmente, hasta que otro mec le ayudó a levantarse. juntos se internaron en las profundidades de los pasillos oxidados.

David corrió a ver el motivo del alboroto. Los DevIiii Danzantes dejaron de bailar para seguirle.

Sólo quedaba uno de los robots recién llegados. Estaba sentado en el suelo, y movía los brazos adelante y atrás, siguiendo una pauta predeterminada.

David se acercó tanto como pudo y le preguntó por qué hacía aquello.

—Aún funciono, ¿verdad? ¿Ya no funciono? Puedo funcionar en la oscuridad, pero mi lámpara se ha roto. Mi lámpara no funciona. Golpeé mi lámpara contra una viga elevada. Había una viga elevada. Mi lámpara tropezó con ella. El ordenador principal me envió aquí. Aún funciono.

—¿Qué hacías? ¿Estabas en el metro?

—Trabajaba. Trabajé bien desde que me fabricaron. Aún funciono.

—Yo nunca trabajé. jugaba con Teddy. Teddy era mi amigo.

—¿Tienes instrucciones? Yo aún funciono, ¿verdad?

Mientras tenía lugar esta conversación, una limusina negra entró en Desperdicio. Un hombre iba sentado en el asiento delantero.

Bajó la ventanilla de la limusina, asomó la cabeza y preguntó algo.

—¿David? —dijo—. ¿Eres David Swinton?

David se acercó al automóvil.

—¿Papá? Oh, papá, ¿de veras has venido a buscarme? Yo no tengo por qué estar en Desperdicio.

—Sube, David. Te haremos una limpieza completa, en recuerdo de Monica.

David miró alrededor. Los DevIin estaban cerca. No bailaban. David les dijo adiós. Los DevIin se quedaron donde estaban. Nunca habían sido programados para decir adiós. No era lo mismo que hacer una reverencia.

Cuando David subió al coche de su padre, se pusieron a bailar. Era su baile favorito. Era el baile que habían repetido cientos de miles de veces.

Henry Swinton ya no era rico. Ya no tenía carrera. Ya no estaba rodeado de mujeres. Ya no albergaba ambiciones.

Pero tenía tiempo. Estaba sentado en un apartamento barato de Riverside, hablando con David. El apartamento era viejo y destartado. Una de las paredes había desarrollado un tic. A veces mostraba una falsa vista del río, con el agua azul y vapores de paletas pasados de moda con banderas. Otros mostraba anuncios de Preservanex, en que una pareja centenaria se entregaba a la copulación con movimientos inseguros.

—¿Cómo es posible que no sea humano, papá? Yo no soy como los DevIin Danzantes u otras personas que conocí en Desperdicio. Me siento triste o feliz. Me gusta la gente. Por lo tanto, soy humano. ¿Verdad?

—Tú no lo comprendes, David, pero soy un hombre destrozado. He echado a perder mi vida. Como todo el mundo.

—Mi vida era feliz cuando vivía en aquella casa con mamá.

—Ya te he dicho que no lo entenderías.

Henry contempló con semblante contrito al ser de cinco años que tenía delante, con una semisonrisa en su cara surcada de cicatrices.

—No es posible regresar al pasado.

—Podríamos regresar en la limusina.

Henry cogió al niño y lo abrazó con fuerza.

—David, tú fuiste uno de los primeros productos de mi empresa de robots, Synthank. Desde entonces, has sido superado. Sólo piensas que estás triste o feliz. Sólo piensas que querías a Teddy o a Monica.

—¿Tú querías a Monica, papá?

El hombre exhaló un profundo suspiro.

—Creo que sí.

Henry puso a David en el coche, le dijo que su obsesión por ser humano sería considerada una neurosis en caso de que fuera humano. Había humanos cuyas enfermedades les hacían imaginar que eran máquinas.

—Te lo enseñaré.

Poco quedaba de las ruinas de la carrera de Henry Swinton. No obstante, algo permanecía. Todavía sobrevivía, en un suburbio miserable encajado entre la ciudad y las afueras, la unidad de producción de Synthank, la primera empresa de Heriry, que no había sido engullida por sus sueños megalomaniacos.

Había conservado el control económico de Synthank. Sus productos tampoco habían sido destruidos. Sobrevivían en un nivel de producción bajo, supervisado por Ivan Shiggle, el viejo amigo humano de Henry. Shiggle exportaba los productos de Synthank a países subdesarrollados de ultramar, donde, debido a su simplicidad, eran bienvenidos como mano de obra adicional.

—Podríamos acoplarles cerebros. Así serían más actuales. Pero ¿para qué incurrir en ese gasto? —preguntó Henry mientras entraban en el taller de la unidad.

—Quizá les gustaría tener mejores cerebros —sugirió David. Henry se limitó a reír.

Shiggle salió a recibirles. Estrechó la mano de Heriry y miró a David.

—Un modelo antiguo —comentó—. ¿Qué opinaba Monica de él?

Henry tardó en contestar. Cuando entraron en el edificio, dijo:

—Monica era una mujer bastante fría.

Shiggle le dedicó una mirada compasiva.

—Pero te casaste con ella. ¿La querías?

Las luces se encendieron cuando recorrieron un pasillo y entraron por una puerta de cristal giratoria. David les seguía con docilidad.

—Oh, sí. Quería a Monica. Pero no lo bastante. Tal vez ella tampoco me quería lo bastante. No lo sé. Mi ambición se impuso a todo lo demás. Debía pensar que era difícil vivir conmigo. Ahora está muerta, por culpa de mi negligencia. Mi vida es un completo desastre, Ivan.

—No eres el único. ¿Qué he hecho yo con mi vida? Es una pregunta que me hago con frecuencia.

Henry palmeó el hombro de su amigo.

—Has sido un buen amigo para mí. Nunca me has engañado ni traicionado.

—Aún hay tiempo —dijo Shiggle, y los dos hombres rieron.

Habían llegado a la planta de producción, donde el producto estaba preparado para ser empaquetado y exportado. David avanzó, con los ojos abiertos de par en par.

Ante él había mil David. Todos iguales. Todos vestidos igual. Todos en posición de firmes. Todos silenciosos, con la vista clavada en el frente. Mil réplicas de él. Muertas.

Por primera vez, David comprendió. Esto es lo que era. Un producto. Sólo un producto. Se quedó boquiabierto. Se quedó petrificado. No podía moverse. El giróscopo dejó de funcionar en su interior. Cayó al suelo.

La tarde del día siguiente, Shiggle y Henry estaban en mangas de camisa. Intercambiaron una sonrisa y se estrecharon las manos.

—¡Aún sé trabajar, Ivan! ¡Asombroso! Tal vez todavía hay esperanza.

—Aquí puedes trabajar. Nos llevaríamos bien. Siempre que el cerebro neural funcione en tu hijo.

David estaba tendido sobre un banco entre ambos, conectado todavía a un cable, a la espera de resucitar. Habían renovado su indumentaria y remodelado su cara. Y le habían colocado el último modelo de cerebro, junto con sus antiguos recuerdos.

Había estado muerto. Ahora había llegado el momento de comprobar si viviría otra vez, y disfrutaría de un cerebro de potencialidades mucho más diversas que el anterior.

Los dos hombres dejaron de hablar. Se inclinaron sobre el cuerpo inerte.

Henry se volvió hacia la figura que estaba de pie a su lado, con los brazos abiertos en el eterno gesto de amor y bienvenida.

—¿Estás preparado, Teddy?

—Sí, y tengo muchas ganas de volver a jugar con David —dijo el oso. Había salido de las existencias de osos guardados en la unidad de producción—. Le echaba mucho de menos. David y yo nos divertíamos mucho juntos.

—Estupendo. Bien, vamos a devolver la vida a David, ¿de acuerdo?

Los hombres vacilaron, pese a todo. Habían hecho a man lo que siempre se llevaba a cabo con máquinas automáticas.

Teddy estaba eufórico.

—¡Hurra! Donde vivíamos antes siempre era verano. Hasta el final. Entonces, fue invierno.

—Bien, ahora es primavera —dijo Shiggle. Henry pulsó el botón de carga. La figura de David se agitó. Su mano derecha desconectó automáticamente el cable de conexión. Abrió los ojos.

Se incorporó. Se llevó las manos a la cabeza. Su expresión era de asombro.

—¡Papá! He tenido un sueño muy raro. Nunca había soñado...

—Bienvenido, David, hijo mío —dijo Henry. Cogió al niño y lo bajó del banco. David y Teddy se miraron, estupefactos. Luego se abrazaron.

Fue un gesto casi humano.